

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs al mes.—En PROVINCIAS 15 rs el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plaza de S. Juan n.º 22 -Fuera en las principales librerías.

REVISTA GENERAL.

Es tal el lujo de acontecimientos importantes con que actualmente la Europa se halla agradablemente entretenida: son tales y tantas las alteraciones por que pasan estos mismos acontecimientos, que es difícil tarea la de buscar lo que en ellos pueda haber de fundado, y no envolverse en ese laberinto de sucesos de interés y de opiniones contradictorias.

La actitud que se dice tomada por la Rusia y el Austria en las actuales circunstancias ocupa seriamente la atención de la prensa extranjera. Con efecto, el Czar, cuyas simpatías con la Santa Sede bajo el punto de vista religioso, no deben ser las mayores, no podrá sin embargo ver con indiferencia la ruina de un soberano que como él funda su poder en el derecho; así es que no tardó mucho en manifestar al duque de Montebello que sería imposible á la Rusia adherirse nunca á los principios que se proclaman en el folleto *El Papa y el Congreso*. Por las mismas razones y por su consecuencia religiosa, Austria no cederá ante el peligro de una nueva lucha que es casi imposible. Ni Alejandro II ni Francisco José podrán abandonar al Santo Padre en la obra de la defensa de unos derechos sancionados como los suyos, á lo menos, por la conveniencia, el tiempo y la aceptación de los pueblos. Los tratados y las alianzas imponen á las

naciones la obligación de socorrerse mutuamente en los momentos del peligro, y la neutralidad en este caso puede producirles males sin cuento dentro de su misma casa. En ambas cortes, así como en la de Prusia, continúa viva la esperanza de que se reuna el Congreso, y así lo proclaman los periódicos mas importantes de los tres países.

Ya dijimos en nuestra anterior revista que esperábamos confiados algunos sucesos imprevistos que vinieran á dar una solución favorable á la complicada cuestión de Roma; y con efecto, si se leen con algun cuidado las correspondencias últimas veremos que al negociar el gobierno francés sobre nuevas bases con la Santa Sede, al proponer su embajador Mr. Grammont al Cardenal Antonelli el reconocimiento, aunque *en principio*, de la soberanía del Pontífice sobre las legaciones, y el nombramiento de un vicario, que será el nuevo Gran Duque de Toscana, el que gobernará á nombre de Su Santidad, se descubre ya algun deseo de transacción, alguna buena disposición en favor de la causa de la Iglesia; y por mas que nos permitamos dudar que el Papa acepte las nuevas proposiciones, no queremos privarnos del consuelo de seguir confiando en que este primer paso lleve la cuestión á un arreglo definitivo.

Se desmiente la existencia de un tratado entre Inglaterra y Francia, la de la misión especial que se decía confiada á Mr. Cowley, y á su vez se asegura que la primera continuará fiel á su propósito de no intervenir, dejando

á los italianos en completa libertad para el arreglo de sus asuntos; si esto es así, si la Rusia y la Prusia sostienen el principio tradicional, si la España, el Austria, Nápoles, Portugal y demás países católicos desean el triunfo de la Sta. Sede, el Piamonte no inclinará la balanza en favor de sus pretensiones y Napoleón podrá repetir con justicia sus palabras de otro tiempo: *El imperio es la paz.*

Como el pueblo francés es de suyo impresionable, y como en verdad nunca falta pasto á sus impresiones, no es empresa difícil el hacerle olvidar un mal efecto presentándole otras novedades de bulto. Por esta razón, al ruidoso folleto ha seguido inmediatamente el programa comercial contenido en una carta dirigida por el Emperador á Mr. Fould. Este documento ocupa hoy por completo al pueblo y á los periódicos franceses, y la prensa inglesa lo aplaude á mas no poder. Sin duda que la manera desusada y solemne como ha sido publicado, y su marcada tendencia al libre cambio han sido las causas de que adquiriera tan exagerada importancia, pues por lo demás, que se disminuyan los impuestos, que se premie el trabajo, que se proteja la industria y el comercio, se active la ejecución de canales y caminos de hierro y otras cosas por el estilo, estamos ya muy acostumbrados á verlo muchas veces escrito. Sin embargo, multitud de comisiones de todos los centros industriales se dirigen á París, y de sus conferencias con el Emperador y con el gobierno vamos sacando en claro que el Consejo de Estado y las Cámaras serán llamados á examinar el programa y que su ejecución se suspende por el término de un año.

Dejemos por hoy descansar á los extraños y volvamos por un momento los ojos á nuestra España. Aun cuando no podemos anunciar á nuestros lectores todavía la esperada toma de Tetuan, el telégrafo nos ha transmitido la noticia de un nuevo encuentro y por lo tanto de una nueva victoria conseguida contra las tenaces tropas de Sidi-Moha-

med. Con efecto, estas que acechaban cautelosamente todos los movimientos de nuestro ejército, creyendo que las fuerzas destacadas del campamento para proteger los trabajos mas próximos á la plaza se hallaban completamente separadas de las demás, no tanto por la distancia como por lo pantanoso del terreno, é imposibilitadas por consiguiente de recibir su auxilio, juzgaron llegado el momento de saborear una vez siquiera las dulzuras de la victoria, y bajando al llano, vinieron á proporcionar á los nuestros un nuevo triunfo, rindiendo una bandera y dejando sembrado el campo con sus cadáveres.

Si se considera que tan numerosas y aguerridas huestes han sido vencidas por dos batallones, dos escuadrones y algunas piezas de artillería, y que las bajas que tuvimos consisten en un oficial muerto, cuatro jefes y oficiales heridos, siete muertos y veinte y nueve heridos de la clase de tropa, se comprenderá que esta jornada ha sido de las mas gloriosas para nuestras armas, de las mas vergonzosas para las del vecino imperio.

A su vez en el interior de la Península continuamente están dando todos los pueblos las mas señaladas pruebas de patriotismo, de abnegacion y de entusiasmo por tan justa y santa causa, y al mismo tiempo que nuestro valiente ejército derrama su sangre en defensa de la religion y de la patria, nuestro heróico pueblo abriendo suscripciones y proporcionando continuos recursos para atender y ayudar á los gastos de la guerra, y nuestras hermosas olvidando sus habituales tareas para trabajar en provecho de sus hermanos heridos, forman el cuadro que presenta la España de nuestros dias, cuadro que hace que su nombre sea pronunciado con orgullo por sus hijos, y con respeto y admiracion por la Europa que nos contempla atónita y asombrada.

FAUSTO GARCIA LOVERA.

Accediendo á nuestros ruegos el autor, nos complace permitiéndonos la insercion del siguiente romance.

EL LITERATO Á LA FUERZA.

La palabra *Literato*,
en su ecepcion mas estensa,
todos lo sabeis, señores,
significa *hombre de letras*.
Ahí, señores, cabe todo,
desde el Dómine Palmeta
hasta el insigne filólogo,
que escarba en las lenguas muertas.

Literato llaman otros
al que su talento emplea
de amena literatura
en la azarosa tarea.

*Pictoribus ac Poetis
semper fuit æqua potestas.*

Yo, sin ser uno ni otro,
me tomaré la licencia
de, *auctoritate qua fungor*,
con vuestra amable indulgencia
entender por *Literato*
unicamente el Poeta:

es decir, el que hace versos,
versos á diestra y siniestra,
de pies firmes, patizambos,
con poesia ó sin ella.

Si; porque la poesia
es rara *avis in terra*;
aunque no muy rara, á fé,
en Córdoba la poética;
donde se la vé brillar
con magestad y grandeza
en los dorados salones
de Quinto y Torres-Cabrera.

Esto no impide que alguno,
(del Parnaso pobre hortera;
digno solo, cual Mercurio,
de barrer aquella tienda,) yo,
por ejemplo, no otro,
empujado por la fuerza
del poético entusiasmo,
que cual contagio se pega,
quiera echar un cuarto á espadas
y poner en evidencia
que, para escribir renglones
y tirarla de plancheta,
no se necesita genio,
estro, inspiracion ni ciencia;
sino empaquetar palabras,
como el cajista de imprenta,
medirlas con un compás,
y... *sans facon*... cosa hecha.

Literatos de esta guisa,
que de la misa la media
ignoran, son muy del caso
en literarias palestras
Y., voto á tal... que faltaba
en esta reunion selecta
un ejemplar de la especie;
uno, uno tan siquiera,
para que resalte y brille

con esplendente fulgencia
del Parnaso Cordobés
la rutilante belleza;
cual del sol la faz luciente
mas luminosa se ostenta
cuando alguna nubecilla
al disco solar se acerca;
cual las sombras en un lienzo,
que pintó mano maestra,
dan á las tintas del cuadro
tono, color y viveza:
Cual en un grupo de hermosas
sienta muy bien una fea,
antitesis de lo bello
que favorece á las bellas:
cual discordante chirrido
en una grandiosa orquesta,
que hace mas dulce lo dulce
de la armonía perfecta
Y pues en lo necesario
no falta la Providencia,
dió á este centro literario
un *Literato á la fuerza*.

La fuerza no es una misma
que literatos enjendra:
fuerza ilustrada es á veces,
y á las veces fuerza ciega.
Pero física ó moral,
sea noble ó de baja esfera,
ella forma literatos
y otros que *literatean*.
El gran cómico francés
Moliere hizo una comedia,
(*El médico á palos*) linda,
llena de sal y pimienta:
otro poeta español,
no sé, Breton ó Villergas,
tambien escribió un juguete
llamado *El Héroe por fuerza*,
y siguiendo esos ejemplos,
difícil cosa no fuera
escribir un saineti lo
El Literato... et cetera.
Porque médicos y héroes,
(sea dicho sin ofensa
de nadie) y poetastros,
artistas con arte apenas,
plebis-citos oradores,
periodistas y... otras yerbas,
forjados á golpe y mazo,
todos hechura de fuerza,
no faltan (gracias á Dios)
y suministran materia
para hacer dos mil sainetes,
melodramas, y aun tragedias
Con esto quiero decir
que tal asunto se presta;
porque el tipo de Moliere
halla ejemplos por do quiera;
especialmente en la linea
ó sea region de las letras.

La fuerza del consonante
obligó á Lope de Vega
á hacer blancas las hormigas,
siendo las hormigas negras.
Pues no faltan Literatos
que hacen sudar á las prensas,
y á ellos sudar les hace
la fuerza del con... que suena.
Un escritor-escribiente,
á quien fué la suerte adversa,
en verso escribe, y en prosa,
y hasta en latin y otras lenguas,
y con cualquier cosa escribe,
con tinta, hiel ó jalea,
segun á la mano viene.
Ya alza el grito y cacarea
con altisonora voz:
ya baja el tono y cloquea
haciendo la gallinita,
segun anda la veleta.
En tanto dice «que sí»
en cuanto, dice «no sea:»
y sostiene el pró y el contra
sobre cualquiera materia
con gran versa-tilidad,
con pasmosa indiferencia.
Y bien, este mal repúblico
de la idem de Saavedra;
este literario acróbata
sin pudor y sin conciencia,
que con su literatura
asalariada comercia,
es... *Letrado mercachifle;*
un literato á la fuerza.
Dejémosle, abandonémosle
al oprobio, á la vergüenza.

Entre col y col lechuga:
plantaré aquí una advertencia.
La ciencia no es patrimonio
de clases ni de carreras:
á veces, como las liebres,
salta donde no se piensa.

Hombres hay ¿cómo dudarlos?
que en la oscuridad vegetan,
y, en fuerza de aplicacion,
con loable persistencia,
hacen notables progresos
en la dulce gaya ciencia,
y en alas de su talento,
venciendo mil resistencias,
levantan el raudó vuelo
del saber á la eminencia,
impulsados noblemente
por esa pasion violenta
que solo aspira al laurel
radiante que dá Minerva.
No de estos: hablaré
de gente de otra ralea.

Un pobrete cuando niño
aprendió en humilde escuela
casi á leer y á escribir

con claridad y limpieza.
Escribiendo llegó á hombre:
crió vigotes y pera:
hizo alto: no pasó
de tintar papel con letras.
Pero como con letrados
anduvo siempre á las vueltas,
pescó en varias ocasiones
algunas noticias sueltas
de que en Beocia, en la Arcadia,
en Chipre y en la Morea,
en el valle de Tempé,
en Delfos, Corinto, Creta,
en Roma y otros parajes,
allá de tierras muy lueñas,
hubo Dioses, semi-Dioses,
Ninfas, Nayades, Sirenas,
Tritones, y Coribantes
tañedores de vihuelas,
y Psiquis enamoradas,
Joves echando centellas,
y un Olimpo, y un Parnaso,
el pais de los poetas,
donde ellos, y los genios,
y nueve Musas esbeltas
bailan, cantan ó declaman
y entonan unas completas
muy distintas de las que
en la Catedral resuenan;
y tambien oyó decir,
con tamaña boca abierta,
que cualquiera pelantrín,
que lleve una papeleta
en verso al Castalio Coro,
incontinenti se cuele,
y aquellas niñas bonitas
á porfia todas le obsequian,
le dan ramitos de flores,
bombones y... otras cosuelas.
No han caído en saco roto
noticias tan halagüeñas.
El mozo dá en revinar
que una mina es ser poeta,
y á enfilear versos consagra
su alma y sus tres potencias.
Despues de mucho pensar
y de tiznar media resma,
saca en limpio el vate-plumas
una redondilla tuerta.
En el Parnaso se planta
de un tiron; llama á la puerta;
presenta su credencial;
hácele Momo una mueca,
y... arrimándole un trancazo
con su baston de muñeca,
«fuera de aquí en hora mala;
«no está el pasaporte en regla;»
dice: y el caballo Pegaso,
que anda por allí bien cerca,
para ayuda del viaje
un soberbio par le espeta.
«¡Infamia!... horror!... maldición!!
(rascándose la mollera
dice el viajante.) «¡Envidiosos

«de la gloria que me espera!...
«¡A mí!... un hombre como yo,
«que ha compuesto una cuarteta!...
«Yo me vengaré; no aquí,
«inhospitalaria tierra,
«sino en la mía, que es,
«mas abordable y atenta...»
Dice bien: el pobrecillo
echa en seguida otras cuentas:
«Retroceder no es honroso
«de la principiada senda:
«vivir es indispensable
«sobre el pais de las letras,
«y viviré: Dios no manda
que yo de hambre me muera.»
Y vive. ¿No sabeis como?
Escuchadme con paciencia.
En Pascuas de Navidad
y en algunas otras fiestas,
que son dias de cambiar
versos por cosas di-versas:
cuando *alumbra* felizmente
una duquesa ó condesa:
si don *Dona-to* cumplió
en *gracia* y salud setenta:
si hubo misa cantano,
ó profesó Sor Teresa:
si os hizo el Gobierno Alcalde,
ó Administrador de *Rentas*:
porque se casó Leonor
la de las *dora-las* trenzas;
porque murió D. Meli-fluo
y «al vate ahoga la pena:»
porque el señorito *Fausto*
doctoró en Jurisprudencia,
ó Valentin *Rompe-lanzas*
vino ileso de la guerra...
en fin, señores, por todo,
por cualquiera bagatela
mi literato *polilla*,
prostituyendo las letras
gordas de su repertorio,
y á todas envileciéndolas,
arremete á todo el mundo
con estúpidas arengas,
pidiendo limosna... en verso;
que en prosa es cosa grosera.
Ved un segundo ejemplar
del literato á la fuerza.

Aparte de la metálica
hay otra; la conveniencia
social; el bien parecer;
compromisos, exigencias
que aprietan mas que un tornillo,
y mucho mas que compresas.
Dése una reunion de amigos
de confianza completa,
se habla, ríese, murmúrase;
ya está la sopa en la mesa;
platos vienen, platos van;
chocan copas y botellas.
La creciente animacion
es ya una zambra, una gresca.

A esta altura, el Anfitrión
dá una palmada soberbia;
bomba, dice; todos callan;
oyen arder la espoleta;
y luego que el proyectil
con estrépito rebienta,
una salva por dos bandas
de *hurras* y *bravos* que atruenan,
rebrincar hace y crujiir
las sillas y las banquetas.
El sacro fuego de Apolo
brilla cual la *chispa* eléctrica:
de Polymnia y de Caliope
un destello, que flamea,
arde en las frentes; y al modo
de la Sibila Cumea,
ébrios... de inspiracion
todos, las armas presentan:
y las armas son las copas
hasta los filetes llenas
con las aguas de Hipocré-ne
vertidas con diligencia
por la escanciadora b-Hebe
que sin tardanza *vini-era*.
A salud del genio brindan;
á salud del genio *trepan*
con resol-ucion heróica
del Pindo las asperezas.
A salud del genio, bombas
por el aire crucetan,
y con *rom-ántico* modo
uno al otro bombardea.
¿Quién es el alma de cántaro
que en tan ardiente pelea
no echa bombas por los codos
llenas de salitre ó huecas?
¿Quien se ampara del *trinquete*
convirtiéndolo en trinchera,
y no dice, «bomba vá,»
aunque otra cosa no fuera
que un fósforo de *Cascante*
sin trueno y con poca cera?
«No hay remedio, D. Facundo:
no tengo tanta modestia:
sabemos que usted lo entiende;
que es hombre de *chispa*: ea;
venga bomba; y que sea gorda:
todos á una «venga, venga.»
Acorralado el buen hombre
entre la turba frenética
preguntase interiormente,
como el médico *Palerma*:
«¿Si seré yo, sin saberlo,
«un Milton de siete suelas?...»
Sobreponiéndose al miedo,
rompe al fin de esta manera:
«Señores, soy un mastuerzo:
«de versos no entiendo zeta;
«pero ya que os empeñais,
«diré lo que se me ofrezca,
«como Dios me dé á entender,
«y... dispensad mi rudeza.»
«Fort bien! Bravo! Bravísimo!

«nes tiró á todos por tierra;
«coronémosle de rosas,
«de pámpanos y azucenas.
«¡D. Facundo es todo un hombre!...
«¡Qué tal... la mosquita muerta!...»

En conclusion. Facundito,
deslumbrado con aquella
inesperada ovacion.

á persuadirse comienza
de que por infusion mágica
es un vate hasta la médula.
Facundo, sin mas, de entónces
lánzase audáz á la arena,
y hace versos á destajo,
á tiempo, y aun *extra-tempora*:
con versos se desayuna;
versos come, versos cena;
y de versos atestado
con versos tambien ensueña.

A su adorada mitad
saluda, cuando despierta,
con un *himno* matinal,
ó con una tierna *endecha*:
al barbero que lo rapa
con un *terceto* él lo afeita:
en cuartetos *deca-silabos*
(y que no siempre son *deca*)
vistese, y sus devociones
en *alejandrinos* reza:
se persigna en tres *octavas*
y sale de casa en *décimas*:
su andar es de *pié quebrado*:
por *silvas* siempre pasea,
con *pareados* amigos
á quien con *liras* recrea,
son *quintillas* sus preguntas,
redondillas sus respuestas,
y á compás de un *madrigal*
vuelve á su casa y se acuesta.
Así Facundo el secundo
pasa los dias que le restan,
sin ser posible traerlo
á la prosa do viviera
plácida y tranquilamente;
y es que una fuerza secreta,
indeclinable, fatal,
le obliga con mano férrea
á rimar disparatando
hasta perder la *chaveta*.

A otro género. ¿Qué á otro?...
á otros doscientos cincuenta:
la mina es inagotable:
allá van otras tres muestras.

¿Qué hará un Padre Capellan,
si la madre Presidenta,
de Franciscas ó Bernardas,
por amor de Dios le ruega
que componga villancicos
al Niño que en Noche-buena
en toda misa del gallo
con motetes se festeja?...
«Los antiguos son muy feos:»

(añadirá sor Coleta)

«y... el Señor me lo perdone...
«huelen á rancia manteca.
«Por el seráfico Padre
«y porque humilde lo espera
«la santa Comunidad,
«haganos su Reverencia
«siquiera cuatro coplitas...
«como de esa cabeza.»

A estos ruegos (yo lo digo)
vana es toda resistencia;
si las súplicas no bastan,
se hace caso de conciencia;
y... no hay *tu tia*, villancicos
ha de hacer, quiera ó no quiera.
Y los hace, si, señor;
pero solo la clemencia
del Niño-Dios sufrir puede
la obra de su Reverencia.

Hay toros en Almodovar,
en Tocina, ó Santaella;
toros, castillo de pólvora,
y una *gran* fiesta de Iglesia
porque del Santo Patron
la memoria se celebra:
porque un ricote del pueblo
no sucumbió á la influencia
del cólera ó de otro mal;
ó porque parió la Reina.
En los dos primeros casos
suele haber toros y fiesta
religiosa, nada mas:
en el tercero se aumenta
la iluminacion corriente
de candiles en las puertas.
El Padre Predicador
(y esto le viene de herencia)
lo ha hecho como un Crisóstomo:
Victor en una tableta
y en verso no ha de faltarle:
pero tambien es de esencia
que en las *Casas de Cabildo*
haya cuadro, *trasparencias*,
con sendos rasgos de almagra
y hasta treinta candilejas.
El *Victor* es lo de menos;
porque haciendo en la copleja
un *quid pro quo*, santas Pascuas,
salió al llano la carreta.
El *quid* está en otra cosa;
está allá junto á las tejas
del popular consistorio.
¿Qué guapo unta la oreja
á los transparentes?... ¿Quién?
Don Deogracia Cantaleja,
escribano de Hornachuelos,
que allí lo llevó su *Estrella*;
y los Próceres y el Cura,
y las moñonas doncellas
se empeñan en que haga versos
para dichas *trasparencias*,
que por ende, se han fijado

só las supradichas tejas.
Tampoco tiene *tu tia*
este comensal de Astrea.
¿No hace versos..? se perdió;
perdido!.. *nunc et per secula:*
Des-crédito!... Des-cripciones!...
Des-exortos!... Des-herencias!...
Des-codicilos!... ¡qué horror!...
Item... Des-comparencias!!
¿Los hace?... ¡Buenos son ellos!
Infrascriptos á carrera,
y dignamente *trasuntos*
por Lucas Ocre Orbaneja.

Vamos andando. Un mancebo,
que ayer dejó la cartera
dó llevaba estropeados
á Herranz y Gomez Ranera,
vedle hoy qué atildado
marcha con la frente enhiesta.
Creyéndose hombre de pró,
á las niñas chicolea
con una voz de pitillo
como la de Melibea.

Y pia, pia, el pipi
y la chalina se arregla
y hace como que se atusa
el... (si con pinzas pudiera
sacar á luz el non-nato
mostacho... ¡pena mas fiera!...)

.....
y en su boquita rosacea
un puro de á palmo lleva,
Si alguno le dice ¿niño?
un gesto pone... que aterra.
El su nombre de Ru-fino
si cambiarselo pudiera
por otro mas varonil
de muy buen grado lo hiciera.

Llamariase *Tancredo*,
Hector, *Aquiles* ó *César*,
Deucalion, *Coroliano*,
Malek-Adel, *Juan-sin-Tierra*:
así, así; nombres históricos,
nombres de gente tremenda.
Ya que no puede á su jaca,
nombrada antes *careta*
aguililla ó cosa tal,
confirmala con... *Turena*,
Jason, *Radeski*, *Ali-Bey*...
por lo menos *Oropesa*
Lo mismo en todo. Es su pujo
hombrear: tal es su tema.
Pero un paladin sin dama
un ser anómalo fuera;
un pecho sin corazon,
un escudo sin empresa.
Y él quiere ser caballero
completo, nada de á medias;
y como los *Trovadores*
que pintados vió en novelas,
lo mismo embrazar la adarga,
que hacer trovas por centenas.

A su *Elodia* de Ondervall
(vulgo Paquita ó Matea)
en pentametros y exámetros
que hacen rajarse á las piedras
cantos entona espantables,
cantos que chisporrotean.
Lo heróico no mas le place:
que *suenen la trompa intrépida*.
Y, por que de amarga cuita
hasta los montes y breñas
lamenten, pita que pita,
siempre con la trompa épica,
y de su hermosa ingrata
llora, llora la inclemencia.
Invoca otra vez y ciento
á los bosques, á las peñas,
á los lagos, á los rios,
á las aves y á las fieras,
para que en su desventura
le acorran... ¡porque una hiena,
una pantera, una ligre,
que no muger... muy serena
aplaza la cuestion... para
cuando las barbas le crezcan.

.....
.....
Nadie, creo, me negará
que esta es la fuerza tercera,
la petulancia precóz
de juventud inesperta,
que, sin llegar á sazón
versos hace como berzas.

El pesado romanzon
trazas de acabar no lleva,
y nadie tiene la culpa
de mi charla sempiterna,
sino tú, Conde, y tu cómplice
esta preclara asamblea.
No os admireis del apóstrofe,
ni os admire, ni os ofenda.
Con buen acuerdo pensásteis
dar con estas conferencias
impulso al génio poético,
estímulos á las ciencias,
que el científico progreso
es medida termométrica
de la cultura de un pueblo,
y por ella se interesan
todos los pechos hidalgos,
generosos, de altas prendas.
Mas en este noble cálculo
cuentas echais sin la huéspedea.
No habeis prefijado límites:
no habeis previsto que pueda
de la ciencia el gran contagio
producir una epidemia
como la fiebre amarilla,
y, quizás mas pegadera.
Ande el tiempo: ya vereis:
¡Buena está la que os espera!
Literatos de mi estofa
como las esparragueras

echan tallos, brotarán
 á poco de estas calendas
 como en la faz de un estanque
 mansa, cristalina y tersa
 forma círculos undosos
 la caída de una piedra,
 y unos á otros se empujan
 hasta dar en las riberas,
 lo mismo de los dos centros
 hácia todas las afueras
 se extenderán empujándose
 las oleadas de letras.

¿Sabeis la fuerza que manda
 el ejemplo?... ¡friolera!...

à mi ver, es mas potente
 que todas, y mas enérgica.
 Todos los seres vivientes,
 sean de la especie que sean,
 instinto de imitacion
 tienen: cualidad tan cierta
 que por ella la marica,
 el tordo, la picorrera,
 colorrita, y avechuchos
 varios, en todas las lenguas
 imitan la humana voz
 y charlan que se las pelan.
 Por tal principio, la mona
 en la cuerda voltigea,
 ó en la jiba de un camello
 dá brincos y travesea.

Aun el oso desgarbado
 por eso se zarandea;
 de ahí se dice *que hace el oso*,
 de todo el que mal remeda.

Entre los humanos es
 constante la misma regla
 y arrastra violentamente
 á la sociedad entera.

¿Qué hacen las pueriles turbas
 cuando ven gente de guerra?

al instante sobre palos
 sus escuadrones ordenan:
 de cañas labran fusiles;
 con papel hacen gorretas,
 y á falta de municiones,
 unos á otros se apedrean.

Es máxima muy corriente
 y de hoja no tiene vuelta,
 que allí Vicente se vá
 dó la gente se aglomera.

Nada de esto habeis pensado,
 señores: pues con sorpresa
 antes de mucho vereis
 la literaria tormenta.

que se os viene encima. Ya,
 si; *Jam incipiunt misteria*.

De imprevisión las resultas
 estais tocando de cerca.

Me honrásteis con invitarme
 á la *literal* contienda:

gracias mil, por tanto honor,
 pero estais de errar: la prueba:
 sola una vez he asistido,

y en la liza entrado apenas,
 de arte poética el *virus*,
 cosa para mi extranjera,
 con una fuerza implacable
 inyectásteis en mis venas,
 y una segunda edicion,
 ilustrada con viñetas,
 del D Facundo de marras
 hicisteis. Sufrid la pena
 merecida: la paliza
 de un romance que aporrea.

Y si vengaros quereis
 de mi intemperancia en *ca*,
 no os queda mas que un arbitrio,
 Martel, sabia concurrencia,
 Alzaos como un solo hombre,
 gritando: «¡Santiago y cierra!...»
 al romancista... al intruso...
 ¡firme! y à ver si escarmienta.

Maceros, dad al Maestre
 una mayúscula selpa...
 un revolcon hiperbólico
 al *Literato á la fuerza*.

FIRMADO

EL MAESTRO MALSENTONA,
 Bachiller, Doctor, etcetera.

UNA MUGER CÉLEBRE.

(Matilde de Toscana.)

Al Sr. Conde de Torres-Cabrera como patente
 manifestacion de simpático aprecio.

P. de Prado.

I.

Cualquiera que sea el particular interés que se encierre en las obras puramente de imaginacion; y sea cual se fuere el encumbrado puesto que se designe á esos ingenios creadores, dó reside la facultad sorprendente de idear sucesos y seres dotados de las apariencias todas de la realidad; cuenta la ficcion en la historia con una rival temible, y al fin el poeta vése obligado á ceder el paso al historiador.

Tan admirables como puedan ser, no poseen los poemas de Virgilio la importancia de los relatos de Tácito, y despues de abstraccion hecha de toda pasion mezquina, me-

nos sensible fuera el extravío de la Eneida, que no la pérdida de los Anales.

En efecto, nada puede haber mas importante para el hombre como el conocimiento de sí mismo; en esto estriba el principio fundamental, á nuestro entender, de toda filosofía, y solo despues de haber considerado nuestras costumbres, es cuando podemos alzar útilmente los ojos hácia las altas esferas, misteriosa morada de las verdades superiores, y absolutamente inaccesible á quien carezca del esacto conocimiento de la humana condicion. Nada se nos alcanzaria tocante á ética ó moral, si no hubiésemos comenzado por estudiar la psicología; y la idea de un Dios seria inconcebible para el entendimiento, sino al corazon del hombre, que no supiera lo que es el hombre.

Ahora bien; no ecsiste sutil tratado analisis tan atrevido, ni intriga tan sabiamente combinada que nos instruya tanto en la ciencia de nosotros mismos, como una simple ojeada sobre la historia; en esta reside la suprema enseñanza de las vicisitudes humanas, de sus pasiones, de sus inconsecuencias, de sus debilidades, como asimismo de lo que se entiende por sus grandezas.

Y debemos confesarlo; si alguna vez fué amarga la ciencia es cuando trató de la humanidad. En verdad, es casi imposible que el cuadro del vicio triunfante (y vemos que triunfa á cada paso en la historia) no nos ponga primeramente en los lábios la desesperada frase de Bruto, y que toda la resistencia de los principios no amenacen ceder al aniquilador ataque de los hechos.

¡Cuántos escelentes entendimientos no han caído en los lazos del saber, por no haber acudido de la sabiduria á la conciencia. Esto fué lo que precisamente le aconteció al sombrío florentino Maquiavelo, á quien el deslumbramiento de una prodigiosa erudicion concluyó por ofuscarle y dejarle á oscuras sobre todo lo demás; y que por haberse consagrado al estudio esclusivo de los hechos, se volvió incapáz de

poder penetrar la nocion de las leyes colocadas mas altas. Entonces, de aquella alma por naturaleza honrada, desvaneciése el sentimiento del bien; el imponente drama de la humanidad no fué mas á los ojos del pensador extraviado que una siniestra farsa donde lo sangriento se disputaba lo grotesco. Consecuente con sus principios no soñó mas que en glorificar al mas fuerte, indultado á mayor abundamiento é irresponsable de todo delito, por la supresion de toda clase de derecho.

Tales son las conclusiones del maquiavelismo, y tal la deleznable pendiente por dó se precipita el varon magüer ilustre, que no adopta el partido de considerar los hechos como lo que son; esto es, como *accidentes*; no poseyendo sino accidentales consecuencias; y de los que razonablemente no se podria deducir lo *absoluto*, al menos en cuanto al órden moral. Entonces, se debe buscar en otra parte; en la *conciencia*, que viene á ser el peristilo del templo de la *Verdad*.

Comprendido de este modo, la historia nos lleva infaliblemente hácia las mas altas concepciones de que es capáz el hombre, y esto por la senda mas corta, á la par que segura, á saber: el estudio del corazon humano.

Sabido es por demas que hay que colocar en el primer rango de todas las funestas querellas que han ensangrentado el mundo, la lucha del Imperio, y de Papado. ¿Cuales fueron los pretextos en que se fundaron por una y otra parte las primeras hostilidades? Poco importan, puesto que la verdadera cuestion era la de saber á favor de quien quedaria la supremacia, si al Papa, si al Emperador. Comenzada ya con anterioridad á Enrique IV y á Gregorio VII esa gran batalla, no terminó con ellos; y ambos murieron en el destierro sucumbiendo bajo los golpes que mutuamente se habian asestado, y sin lograr por eso ver el triunfo de la causa que sostenian.

Una muger, *Matilde de Toscana*, pri-

ma del Emperador, é hija adoptiva y de corazon de Gregorio VII se halló inmiscada en la querella, y en las circunstancias las mas dramáticas; dotada de las facultades mas extraordinarias; veamos.

II.

La Condesa Matilde era á la sazón la heredera única de los margraves, ó séase marqueses de Toscana, cuya autoridad se estendia sobre Módena, Luca, Reggio, Mantua, Ferrara, Parma, y Plasencia. Su madre Beatriz, muger de singular mérito, y de mucha piedad, vió con placer la influencia marcada de Gregorio VII sobre la jóven princesa.

Italiano de origen, magüer ese nombre tudesco de Hildebrando, el Salvador de la Iglesia,—tal fué Gregorio,—era ya preclaro por lo autorizado de su palabra, y por su participacion á la política de la Santa Sede, cuando ciñó la tiara para proceder contra los excesos del clero. El fué quien, como compensacion de una vida diametralmente opuesta, decretó é impuso el celibato á los Sacerdotes. Imbuido del verdadero espíritu de la doctrina Católica, empleó en la ejecucion de sus proyectos políticos una elevacion de miras, y especialmente una fuerza de voluntad incomparables, pero que no escluía una mansedumbre evangélica para con el enemigo vencido. Que semejante hombre se haya atraídos numerosos enemigos, no hay de que sorprenderse; y hasta el espíritu de partido ha recriminado injustamente, según nuestras convicciones, sus relaciones con Matilde.

Amenazado por el anti-papa Cadalons, Gregorio halló en Matilde un poderoso auxiliar: no se entienda por ésto que la jóven Princesa le enviase socorro de hombres, ni menos en metálico, pero si, que se puso ella en persona á la cabeza de sus tropas, y combatió con tal bizarría, que obligó al adversario de Gregorio á retroceder; y cuenta que cuando acometió esta su primera hazaña solo tenia Matilde quince años!

Desde aquel dia quedó trazada la conducta de la gran Condesa; y toda su política consistió en poner á disposicion de Roma su amiga, sus tesoros y hasta su sangre. Merced á esa adhesion escepcional, Gregorio pudo oponer resistencia, y aun triunfar muchas veces del Emperador, con el cual habia roto definitivamente hostilidades, y escomulgado además; y que hasta se vió reducido á implorar con este motivo la clemencia del Pontífice cuando residia en la fortaleza de Canassa, bajo la proteccion de Matilde. Como dijimos, ella era prima del Emperador; era buena; era muger, en fin; así es que, cuando vió acudir al soberbio Cesar seguido apenas de algunos domésticos, ella se arrojó á los pies del Papa, implorando gracia para su pariente.

Empero Gregorio tenia que vengar la Iglesia, y permaneció inflexible, y Enrique hubo de aguardar tres dias una audiencia con los pies en la nieve y la cabeza desnuda. Esperó y fué introducido al fin. Gregorio lo recibió con bondad, lo admitió á su mesa sagrada. Entonces partiendo la Hostia elevó la mitad con entrambas manos sobre su cabeza, y juró sobre el cuerpo del Redentor que era inocente de las acusaciones atribuidas en contra suya por el Emperador. Luego presentándole la otra mitad del pan consagrado, le conjuró á que jurase á su vez no haber cometido los delitos que le atrajeron la sentencia de excomunion por castigo. Escenas grandiosas y solemnes, de donde trae su origen la imponente ceremonia de la elevacion. Rehusó el Emperador el juramento que se le exigia, se retiró á alguna distancia de Canasse, donde formó el designio de arrebatarse al Papa después de atraerle á una emboscada. Esta vez fué tambien á Matilde á quien debió su salvacion.

III.

Algunos años antes, ella habia dado de su adhesion al Papado una prueba de distinto género, pero no menos concluyente, consintiendo en que su casamiento con

Godofredo el contra hecho, viniese á servir de recompensa de los socorros que prestaria el padre de dicho principe al Papa Alejandro, vivamente estrechado por Roberto Guiscard. Por lo demás dicha union esencialmente política no se concluyó sino bajo condicion espresa hecha por Matilde de conservar inmaculada la pureza del celibato. Tan estraña situacion dió pábulo á las mas injuriosas interpretaciones respecto de la Condesa; se apoderó la murmuracion de esas voces populares, y á los ojos de los mas la castidad de la jóven esposa no tuvo por verdadero motivo que el recuerdo de los santos dolores de la maternidad.

Se le acusó hasta de haber asesinado á su esposo en medio del resentimiento implacable por los sufrimientos que le habia impuesto. La verdad es que Godofredo se habia retirado en Lorena asaz descontento con la política de su muger, pero que jamas fué madre Matilde. Mas tarde despues de viuda se desposó nuevamente con Güelvo de Baviera, y esta vez todavía á solicitud del Papa Urbano II cuyos intereses servia dicha alianza. Concluido pues y bajo las mismas condiciones y seguido á poco de la confirmacion formal de la cesion de bienes de Matilde á beneficio de la Santa Sede, semejante union no fué satisfactoria para el Bávaro, quien solicitó su anulacion. Resultó de las gestiones de ambos esposos que Matilde habia observado religiosamente su voto. De este modo, se desvanecieron las acusaciones á que dió lugar su primer matrimonio.

En el interin proseguia entre Gregorio VII y Enrique IV, una lucha encarnizada cuyas conmovedoras peripecias no nos seria posible reproducir aquí; baste decir que el Pontífice pudo respirar con algun mas desahogo bajo la egida de Matilde.

Se aprovechó de los periodos mas apacibles para proseguir en la senda de su obra reparadora, haciendo estensivos sus cuidados desde el clero á los seglares, y

manifestando su gran corazon con estatutos muy sabios, idóneos á ayudar poderosamente la civilizacion, desterrando salvajes costumbres, y preocupaciones propias de la época. Cuando recomenzó la lucha fué otra vez á Matilde á quien debió Gregorio su apoyo y su sosten, sin cejar ante cosa alguna.

Se la encontraba en todas partes, peleando con diversa fortuna, pero impertérrito corazon, en pró del triunfo de la causa católica. Si pudo el Papa sostener en Roma un sitio de cuatro años contra el anti-papa Guiberto, hechura del Emperador, fué porque durante cuatro años Matilde le sustentó de sus caudales, llegando al extremo de fundir hasta vasos sagrados para enviárselos transformados en barras.

Apremiando la necesidad, ella misma se lanza hácia Roma, sin economizar ni su misma persona. ¡Mas, guay! sus fuerzas se agotan con tantas pruebas. Triunfa Guiberto, y entonces fué cuando Gregorio VII comete la falta de llamar en su ayuda como en otra ocasion á Alejandro Guiscard, el Normando. La enérgica intervencion de ese aventurero dió por resultado la retirada de Guiberto, pero tambien el saqueo de Roma por las tropas aliadas; horrendo espectáculo por cierto! y al cual asistió Gregorio en lo alto de la torre de San Angelo, y ya la ciudad de Augusto y de los Antoninos no era mas que montones de ruinas. El mismo Alarico en comparacion se hacia echar de menos.

A tan rudo golpe la enérgica alma del soberano Pontífice desmaya, y no tarda en morir, en Salerno, victima de las dolencias y fatigas de la mision que se habia impuesto.

Matilde herida con ese fallecimiento en sus mas tiernas y recónditas afecciones, continuó con el sucesor de Gregorio prodigando sus consejos, y deparándole su apoyo. Ora que fuese menester sostener el valor de Victor III, ó bien consolar á Urbano II, espantado por la pérdida de trescientos mil cristianos que su elocuencia pre-

cipitara hacia la Palestina, y que perecieron en lejanos climas, sin tan siquiera haber descubierto las torres de Jerusalem ahí está siempre la egregia Condesa. Cuando Enrique IV, destronado por su hijo hubo espirado á semejanza de Gregorio en las amarguras del ostracismo, se pudo esperar por un momento que el Papado iba á salir por último de su cruenta prueba. Pero Enrique V se mostró celoso en seguir las huellas de su padre. No menos audáz, y mas hábil, ya se habia dirigido á Roma só pretesto de negociar con el Papa; empero solo deseaba apoderarse de su persona y consiguió su designio. El santo Padre debió su libertad á la intervencion de Matilde, pero no bastó á sustraerle á las ecsigencias de su enemigo. En suma, una especie de consuelo le estaba reservada á la Condesa: Enrique no quiso abandonar la Italia sin ser presentado antes á su ilustre parienta; sobrecogido de profundo respeto ante su presencia no pudo prescindir de postrarse de hinojos á los pies de Matilde, y con acento entrecortado por los sollozos prorumpir en la exclamacion de ¡madre mia! Asi fué como la defensora de Roma vió al enemigo de Roma prosteronado ante su augusta ancianidad; puesto que Matilde á la sazón contaba sesenta y nueve años, y murió poco despues.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Burgos 5 de Enero de 1860.

HIMNO

para la toma de Tetuan.

*La ciudad agarena en sus muros
Vé ondear el pendon de Isabel,
Y muy pronto la fiera morisma
Derrotada caerá ante sus pies.*

Ocho siglos duró la contienda
Que encendió la morisca invasion,
Y la sangre que entonces vertimos
Hoy demanda terrible espiacion.

La ciudad agarena, etc.

Si una Reina valiente y piadosa
De Granada á Boabdil arrojó,
Hoy su nieta os persigue y acosa
En las breñas dó el miedo os lanzó.
La ciudad agarena, etc.

No temais, si doblais la rodilla,
Que en vosotros se ensañe el furor,
Que es muy noble el Leon de Castilla
Y en los nobles no cabe rencor.
La ciudad agarena, etc.

Sus! Atrás! marroquíes feroces;
Deponed el fanático ardor;
De rodillas Mahoma ante Cristo,
Y rendidos pedidle perdon.
La ciudad agarena, etc.

Gloria eterna al valiente caudillo
Que la hueste española guió,
Y al ejército invicto, aguerrido,
Noble orgullo del suelo español.
La ciudad agarena, etc.

RICARDO DE FEDERICO.

La Exma. Sra. Doña Maria del Carmen Chacon Carrillo de Albornoz, Duquesa V. de Gor, falleció en Madrid el dia 12 del corriente mes. Tan sensible pérdida no queda reducida á su numerosa familia: todas las clases de nuestra sociedad la han sufrido. El aristócrata pierde en ella una amiga verdadera, el artista una mano protectora, el desvalido una madre cariñosa. Si otros lazos no nos movieran hoy á dedicar un recuerdo á su memoria, sus virtudes nos impondrian tan sagrado deber.

La Exma. Sra. Duquesa V. de Gor (q. e. p. d.) nació en Sevilla el dia 17 de Julio de 1770. Cooperó eficazmente para el establecimiento de un taller de pobres, del que proviene el colegio de Sta. Isabel que hoy socorre á tantos infelices. Fundó la inclusa en la Ciudad de Granada, protegió los establecimientos de Beneficencia, formó los estatutos, fundó y protegió el colegio de huérfanas de patriotas establecido en Aranjuez. En 1816 fué nombrada individua de la sociedad económica de amigos del pais por sus grandes méritos y ser-

vicios. Ha sido dama de S. M. la Reina y pertenecido á la órden de Damas nobles de María Luisa, Presidenta de la junta de Damas de honor y mérito de la inclusa de Madrid, y vicepresidente general de la Real asociación de Beneficencia domiciliaria. Entre sus disposiciones testamentarias señala veinte reales para cada una de las monjas que se encuentren en Madrid al tiempo de su fallecimiento y siete dotes de á mil reales para las primeras incluseras que se casen de las acogidas en aquel establecimiento.

Sevilla debe honrarse de contar esta Señora entre sus hijos, y con nosotros todos lamentar tan sensible pérdida.

MI AMIGO EL MARQUÉS.

Hoy hace justamente tres años y cinco días que entró en mi casa el marquesito de Granjuela, jóven de brillantes prendas, el cual tiene en sus venas sangre de la mas azul, y en sus archivos pergaminos de los mas amarillentos y empolvados. Era por la mañana y le recibí en la galería alta sentado en mi cómodo sillón forrado de baqueta, agradablemente ocupado en sacar con esponjosos vizcochos el aromático caracas contenido en una jícara de porcelana, que adquirí de un reverendísimo gerónimo en tiempos de la excomunión.

Contaba el marquesito, cuando se le ocurrió visitarme, los veinte y cuatro años cumplidos, y pertenecía á esa generación de jóvenes aturdidos, que tienen una vida brillante y sin objeto, activa sin utilidad. Sus buenos instintos naturales se habian apagado con una educación frívola é incolora, como se marchitan los tempranos brotes de un arbusto con el peso de los hielos y las escarchas. Montaba elegantemente á caballo, jugaba el florete con destreza,

recibía á sus amigos con finura, y galanteaba á las damas con espiritualidad y desenfado. Dotado de un corazón animoso, se mostraba frío y sereno en los duelos; pero nunca había espuesto su vida en defensa de los altos intereses del Estado. Espléndido, en el oro solo veía un medio de procurarse placeres, y lo derramaba sin cuidarse de su precio. Indiferente á todo, de todo cansado, reconcentraba la actividad de sus años y de su alma en el círculo estrecho de un egoismo oscuro y deslucido. Era, en fin, en vez de un faro luminoso que derramara su luz tranquila y bienhechora en la sociedad, como lo exigía la alteza de su cuna, un fuego fátuo que deslumbrando con momentáneos resplandores, iluminaba precipicios, fango y ruinas.

—Agur, Zaide, me dijo, arreglándose el airoso lazo de su primorosa corbata. Estoy de despedida. Vé que te se ocurre para Lóndres, París, Viena, San Petersburgo y Roma. La sorpresa que me causó este anuncio, me impidió el uso de la lengua durante un minuto; repuesto un poco le pregunté:

—Te vas de Córdoba, Fernando?— Sí, querido, lo estrañas?—Y tanto!— Veo, Zaide, que á pesar de tu buen juicio, no puedes desprenderte de tus rancias preocupaciones. Vives apegado en ellas, como el marisco á las rocas.

Y con la mas esquisita amabilidad y finura, tomó dos vizcochos de mi batea.

—¿Qué quieres que haga en Córdoba? añadió: aquí me aburro, me consunto. Parece cosa razonable que á los veinte y cuatro años cumplidos no haya lucido mi elegante librea en Lóndres, ni haya tenido un duelo en el bosque de Boloña, ni las rubias alemanas se hayan muerto por mis pedazos, ni haya probado una empanada de perro moscovita, ni una cantatriz italiana haya contestado á mi declaración de amor con el *si* mas armonioso que jamás concibieran Porpora y Donnizeti? A Dios, Zaide, á Dios.—Toma asiento, Fernando, le contesté; óyeme y luego parte

hacia el extranjero á lucir y á tronar como un cohete. Tienes dinero para el viage?—Mi administrador ha negociado veinte mil duros sobre mis mejores dehesas.—Con los usureros, sin duda?—Lo ignoro; jamás me ocupó de esas mezquindades, me contestó el marquesito, en cuya altiva y despejada frente se dibujó una arruga imperceptible.—Yo si lo sé: en esa negociacion has perdido un veinte y cinco por ciento. Los veinte mil duros, que por boca de tu administrador confiesas haber recibido en monedas de oro y plata usuales y corrientes, solo fueron quince mil; de modo que antes de comenzar tu paseo por Europa te cuesta cien mil reales.—La usura tiene en nuestra sociedad tan erguida la cabeza!—Desde que tú y otras personas de alta posicion social le han abierto las puertas de sus casas.—Quizás sea eso cierto, me contestó el Marqués.

Animado por el deseo de que Fernando desistiera de su proyectado viage, que lo consideraba ruinoso para su hacienda y para las reliquias de buenas costumbres que conservaba, le hice un largo y caloroso discurso lleno de tropos y metáforas. Presenté ante sus ojos la inutilidad de un viage allende el Pirineo, para quien, como él, desaficionado á la literatura y á las armas, nada iba á aprender en París, que reúne en su seno la sabiduría de Atenas y la marcialidad de Roma. Le ponderé la altiva arrogancia de la aristocracia inglesa, su lujo asombroso imposible de igualar á un marquesito de provincia. Le manifesté las ventajas personales que las morenas andaluzas tienen sobre las rubias alemanas de caras frescas, redondas y encendidas como manzanas de Pascua: le pinté los peligros que correría su salud en las salvajes heladas orillas del Newa; y por último puse mas altas que todas las arietas italianas cantadas y cantábiles las playeras, las jácaras y las seguidillas andaluzas llenas de fuego, de sentimiento y de dulzura. Luego añadí:—Todos tus antepasados, Fernando, vieron á los extranjeros; pe-

ro con cuán distinto motivo! Unos conocieron á los pobladores del Norte, guiados por el intrépido marqués de la Romana; otros saludaron á cañonazos á los ingleses en la gloriosa derrota de Trafalgar; algunos en Talavera y Arapiles se afrontaron con los franceses. Guarda, pues, como ellos esos impulsos de movilidad que te asedian, para cuando la patria en peligro necesite toda la actividad de tu cuerpo y de tu alma.—Agur, Zaide, me contestó el marquesito despidiéndose. Te escribiré desde París.

Y haciéndome un frio saludo, entre mis ojos y los suyos puso sus espaldas.

Durante algun tiempo la idea de este viage me preocupó en gran manera.—Los veinte mil duros, decia yo, que Fernando va á gastar en teatros, modas, liviandades y vicios, debiera haberlos empleado en descuajar sus montañas dehesas, en descubrir manantiales de riego que llevasen la fecundidad y la alegría á los inmensos eriales de sus cortijos, en reedificar sus casas, embelleciendo el aspecto de nuestra ciudad, en plantar de arboleda útil sus navazos hondos y tristes, y aumentando así su riqueza propia, acrecentaría los rendimientos de la pública. ¡Pobre Fernando! exclamé, ¡Pobre España! añadí con amargura. ¡Cómo has de ser grande si tus hijos en vez de darte sangre, derraman sin piedad la purísima y generosa que corre en tus venas!

El tiempo que todo lo gasta borró de mi cabeza estas imaginaciones; y ya hacía quince meses que tenia olvidado al marquesito de la Granjuela, cuando un dia se entró su administrador por las puertas de mi despacho.—Vengo á proponerle á V. un buen negocio, me dijo. El Señorito vende su cortijo nombrado Fernan Perez, que linda con tierras de V. Es buena ocasion de que adquiera V. una excelente finca.—Qué me cuenta V.! le contesté con disgusto. Así Fernando enagena una de sus mas hermosas haciendas?—La necesidad tiene una cara maldita, Sr. Zaide. Es menester, para evitar la vergüenza de

una egecucion, renovar el crédito de veinte mil duros que se contrajo cuando emprendió su viage por Europa, anticipándole á los acreedores otros cien mil reales como réditos de un año. Además el Señorito pide con urgencia dinero.—Tan pronto ha gastado Fernando quince mil duros?—Toda la plata del Potosí sería poca en sus manos. Ignora V. el suceso de Génova?—Cuénteme V., hombre, cuénteme V., le dije al administrador.—En París, añadió este, durante el invierno pasado, hizo el Sr. Marqués amistad con una famosa cantatriz de las que ganan seis mil francos por semana, un verdadero rui señor bajo la forma encantadora de un ángel. Corrió esa amistad fácil y risueña hasta la llegada del estío, en cuyo tiempo la eminente prima donna cerró su armoniosa garganta, y se marchó á tomar descanso en las vírgenes regiones del Nuevo-Mundo; el Sr. Marqués partió hácia el Norte de Europa. Con los primeros vientos de este otoño se vino á Italia; y estando en uno de sus poéticos puertos, leyó un dia en los periódicos que aquella misma noche su admirable cantatriz debutaba con la Norma en el teatro Carlo-Felice de Génova.—Saliendo dentro de dos horas podré llegar á las ocho de la noche á Génova? preguntó el Sr. Marqués al dueño de la fonda.—Llevado en alas del vapor podrá su señoría.—El Sr. Marqués corrió al puerto y fletó por su cuenta un paquete de vapor, que rápido y magestuoso, y coronado de un negro penacho de humo, hendió las blandas, menudas y azuladas olas de un mar en calma. A las siete y media de la noche saltaba en el puerto de Génova: á las ocho y diez minutos su *bravo* fué el primero que saludó á la eminente cantatriz, cuya flexible garganta hacía primores en la plegaria de la Casta Diva. El Sr. Marqués había gastado en once horas y media veinte y siete mil y pico de reales.—Bonita cantidad! exclamé con ira. Amigo mio, no me acomoda Fernan Perez.

En el acento breve y seco con que

pronuncié esta respuesta, conoció el administrador que nada conseguiría de mi; y despidiéndose entonces, tomó su sombrero y se plantó en la calle.

Trascurrieron muchos meses. A comienzos de Noviembre, me encaminaba todas las tardes á la Puerta Nueva, deseoso de saludar á nuestras valientes tropas que van al Africa. Ya había visto las baterías de artillería rayada desplegándose en una línea obscura, potente, amenazadora: los valientes escuadrones de coraceros habian pasado delante de mis ojos, envueltos en una nube de polvo y reflejándose vivamente el sol en el terso y limpio acero de sus cascos: los batallones de cazadores me habian admirado con su movilidad inteligente y su porte marcial y decidido; cuando al plácido anochecer de un hermoso dia, desde la berlina de una diligencia, un jóven vestido con el hermoso traje de capitán de caballería me saludó cariñosamente. No le conocía.—Quién será? me pregunté. Algun amigo ó conocido que marcha al Africa. Amigo ó conocido, que Dios vaya con él.

Ya de noche volví á casa, y al entrar en ella me salió al encuentro mi desconocido de la diligencia, el bizarro capitán de caballería y me echó los brazos.—Marqués! exclamé, conociéndolo y estrechándolo entre los mios. Fernando...! Ah! añadí, el honroso uniforme que vistes me revela el cambio que se ha verificado en tus ideas y costumbres. Bravo, Fernando, tienes un noble corazón.—Gracias, Zaide, dijo el marqués de la Granjuela con emoción sencilla y profunda: gracias, porque acaricias mi arrepentimiento en vez de envenenarlo con epigramas punzantes. Si, parto hácia el Africa. En Francia supe que estallaba la guerra, y me decidí á correr sus peligros. Estoy cansado de una vida inútil y disipada: casi todos los productos de mi cuantiosa hacienda pertenecen á mis acreedores. Tiene unos dejos tan amargos el vicio... Toma, añadió, entregándome la copia de una escritura: en ese documento te autorizo

para que obligues, hipoteques y vendas mis fincas; cuida de mi caudal y sálvalo de la ruina, si aun es tiempo. Voy á la guerra: á Tánger ó á Mogador, á Fez ó á Tafílete, á donde quiera que ondee la bandera de España. Si muero será en primera línea, dando la cara al enemigo; si vuelvo, con una vida arreglada, sujeta á las inspiraciones de la prudencia y de la virtud, borraré el escándalo de mis antiguas disipaciones.

El Marqués guardó silencio; yo le abracé de nuevo con efusion.

Aquella noche se hospedó en mi casa, porque le daba vergüenza de encontrarse en la suya con los nobles retratos de sus antepasados. Por la mañana tomó el ferro-carril.—Dios mio, exclamé al verlo partir lleno de juventud, de esperanzas y de santo entusiasmo; Dios mio, concédele tu bendición!

ZAIDE.

SEGUIDILLAS.

Son besos y suspiros
flores y aromas,
que en los bellos jardines
del alma brotan,
Pero á agostarlos,
vienen pronto los hielos
del desengaño.

Juramento de amores
es juramento,
que con frecuencia ahogan
distancia y tiempo.
Tiempo y distancia
siempre fueron verdugos
de la esperanza.

Presta el sol á las flores
frescura y vida:
pero ardiente sus galas
después marchita.
Amor, hermosas,
sol es, que vida y muerte
os dá á vosotras.

Es el amor platónico
una luz falsa,
que ni quema ni alumbra;
que no se palpa:
Que buyendo siempre
al intentar cogerla
se desvanece.

Amores, fe, delirio,
dulce esperanza,
flores son, cuyo fruto
rara vez cuaja.
Las hiela el tedio;
las quema el fuego ardiente
de amargos celos.

Quien vive de esperanzas
soñando vive:
y quien ensueña goces
despierta triste.
Que son los sueños
delirios ímpalpables
del pensamiento.

Nace el hombre y el llanto
riega su cuna;
muere y el llanto baña
su sepultura.
¡Ay! de aquel hombre
que al sucumbir no encuentre
quien por él lllore.

Es el amor un duende
que bulle inquieto
los rincones del alma
desenvolviendo.
¡Ay! ¡ay! qué susto
que ya el duende me anda
buscando el bulto.

T. DE ROJAS.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cordoba Plazuela de S. Juan núm. 22
= Madrid Libreria de Duran. = Barcelona Viuda de Sauri é hijos. = Cadiz Abelardo de Carlos = Granada José Maria Zamora. = Ferrol Taconera. = Mahon Orfila. = Málaga Moya. = Palma de Mallorca Gelabers. = Santander Viuda de Soriano = Valencia Mateo Gavin. = Valladolid Hijos de Rodriguez. = Zaragoza Viuda de Heredia. = Sevilla Geofrin. = Oviedo Alvarez. = Santiago Calleja. = Alicante Basilio Planelles.

Editor y Administrador, ANTONIO MARQUEZ.

CORDOBA. — 1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena